

# El Mahabharata

Vyasa. Edicomunicación, S.A., Barcelona, 2006. Trad. Julio Pardilla. 2 Vols., 956 pp. ISBN 84-8461-332-1

Reedición de la primera traducción en lengua castellana, aparecida en 1986. Desgraciadamente es una traducción de la obra resumida, puesto que no existe completa en ninguna lengua europea, excepto en inglés, que aparece en Calcuta como edición crítica revisada en 1863. Antes se conocían en Europa sólo algunos extractos como el famoso **Bhagavad Gita**, que corresponde al cap.3, de la sexta parte (vol.II) y que apareció en Londres en 1785. Basada en la edición inglesa citada y en posteriores traducciones, ofrece sin embargo la suficiente amplitud para comprender el contenido reordenado y lógico de la obra, suma de varios autores entre los siglos IV a.d.C. a VII d.C., conteniendo leyendas de dioses y héroes, fábulas de animales y pasajes filosóficos y líricos, y que construyen una historia de grandes dimensiones, “La gran India”.

La tradición señala como autor a **Krishna-Dwaipayana**, llamado **Vyasa**, “**El Intérprete**”, “**El compilador**” al que se atribuyen también otros libros como los **Brahma-Sutras**, aforismos sobre lo Absoluto, el arreglo de los Vedas y otros, que muchas veces hacen pensar en una herencia filosófica impersonal. El mismo **Vyasa** se convierte en un personaje mítico, apareciendo en el **Mahabharata** como padre de los dos príncipes, **Pandu** y **Dhritarashtra**, cuyos hijos son los principales protagonistas del gran poema. En algunos momentos clave de la obra aparece dando sus sabios consejos, como también hacen otros personajes venerables.

El primer volumen recoge hasta la quinta parte y nos presenta a los diferentes protagonistas, primos entre sí, cuya enemistad comienza cuando el Príncipe Pandu decide retirarse a los Himalayas cediendo a su hermano el reino y cuyo trono ocuparía el primogénito de su hermano **Duryodhana**. Sin embargo, éste siempre tiene miedo de que sus primos, los herederos naturales, le arrebataran el reino, y a partir de ahí comienzan las intrigas para matarles, o alejarles por todos los medios a su alcance. Tras unos años de peripecias, es esta ambición por el reino lo que conduce a la gran guerra, que es lo que se narra básicamente en el segundo volumen. El reino en juego era el de **Hastinápura**, el principal de la antigua **Bhárata**, y se dice que quien posee ese reino era el “rey de todo el mundo”, a quien estaban sometidos los otros reyes. Es un conflicto bélico que se presenta como una verdadera guerra a escala “mundial”. Pero también se plantea como un enfrentamiento entre el **Dharma** y el **Adharma**, en donde el primero es representado por los hijos de Pandu o **pandavas** y el segundo por los hijos de Dhritarashtra o kurus. **Arjuna** es uno de los cinco hermanos Pandavas y **Krishna**, otro actor principal, es hijo de un hermano de su madre **Kunti**, por lo que también son primos y amigos íntimos. En esta batalla Krishna ofrece a ambas partes su apoyo y le da a elegir a los **kurus** entre su persona o su ejército, quedándose con el ejército, con lo que Krishna queda como conductor del carro de guerra de su amigo Arjuna y de parte del Dharma.

Todos los personajes son **ksatriyas**, una casta de reyes, héroes y poderosos guerreros, emparentados con dioses, con poderes sobrehumanos o **astras** divinos. También era una casta con grandes sabios, en donde Krishna es uno de los máximos exponentes, considerado tan sabio que llegó a ser objeto de

devoción por los que valoraban sus consejos sapienciales como personificación del Dios Supremo (**Vishnu** o el mismo **Brahman**).

Sin embargo, la oposición entre ambas partes no es una oposición dualista entre bien y mal, puesto que al narrar las distintas circunstancias de cada personaje se ven sus virtudes y defectos, de modo que, por ejemplo, el príncipe ambicioso, posee también un gran corazón, o cuando el Príncipe Dhritarashtra, que es un ejemplo de virtud y merecedor al final de ser ascendido a los cielos por su padre *Indra*, es capaz de jugarse el reino y toda su familia a los dados, incapaz de refrenar su impulso en el juego y utilizado por sus primos para arrebatárles todas sus posesiones y humillarles, cosa que acarreará la guerra. Incluso el mismo Krishna reconoce que gracias a ciertas trampas provocadas por su parte, saltándose las normas castrenses, conduce finalmente a la victoria de los pandavas.

Antes de producirse la guerra son constantes las reflexiones sobre la inutilidad de la misma, pero una dudosa ética guerrera, que no puede rechazar las provocaciones, o el cumplimiento de juramentos y maldiciones por injustas que estas sean, hacen que el **Destino** implacable (al que se alude reiteradamente en toda la obra) esté siempre presente, de modo que cada personaje, principal o secundario, ha de cumplir su papel, que es para lo que ha sido traído a esta vida. Una vez cumplida ha de marcharse, hasta un nuevo renacimiento o la gloria que le haya dado la muerte en la pelea. Así es que **todos van a la guerra sabiendo que es inútil e injusta**. Los personajes secundarios, casi no se tienen en cuenta. Son un número de guerreros o sirvientes, cuyo cometido es morir a miles o millones, si hemos de hacer caso a las cifras de la epopeya, siguiendo los dictados de sus príncipes, y consiguiendo así el cielo.

Una curiosa cuestión es la de las otras castas, aparentemente despreciadas, incluso la de los brahmanes, a quienes a veces se les califica poco más que de charlatanes, o que se dedican a hablar sin ninguna acción, cosa que les parece debilidad. Uno de los principales personajes, **Radheya**, amigo íntimo del príncipe, insultado como **sutaputra**, “hijo de conductor de carro de guerra”, de una casta inferior, era sin embargo en realidad el primogénito de los pandavas, hijo de Kunti y del dios Surya, y por tanto, también guerrero y quien, conociendo al final la verdad, decide no abandonar a su amigo y luchar hasta la muerte contra sus propios hermanos, saltándose de nuevo todas las leyes de la recta razón y del Dharma por ambas partes.

Tras la victoria de los pandavas se narra cómo tras unos años de próspero gobierno todos se cansan de esta vida terrena, ya no sujeta a la pureza del Dharma, y deciden retirarse para morir y subir a los cielos. Según la tradición hindú, la guerra se produjo al final de la era del **dwaparayuga** y se considera que la siguiente, la del **kaliyuga**, comienza cuando sube al trono un nieto de Arjuna, sobre el 3012 a.d.C. Algunos historiadores hindúes sitúan la guerra unos 650 años antes de kaliyuga, en donde el hombre ya está sumido totalmente en la ignorancia (satyuga, tretayuga, dwaparayuga y kaliyuga, las cuatro fases del ciclo repetitivo desde tiempo inmemorial y que hacen referencia al progresivo “enfriamiento” del dharma).

La lectura del Mahabharata resulta amena y sorprendente en muchos aspectos, mezclando cualidades divinas y humanas, altos sentimientos y los más bajos de los deseos. Los mismos personajes son capaces de una crueldad atroz y de una gran sabiduría, lo cual hace que todo parezca al final bastante relativo, y la vida humana en la tierra parece un trance por el que hay que pasar para cumplir un papel predestinado y marchar a una vida celestial que dependerá de nuestros méritos kármicos, o en el caso de los guerreros, por el simple hecho de morir en la batalla. Una visión mercantilista de la gracia, del mismo modo que en la tierra se consiguen beneficios divinos a base de “austeridades”, aunque las intenciones de las peticiones de favor no sean tan nobles como debieran, como es por ejemplo, una venganza, o el paliativo a una maldición que a veces se consigue por cosas totalmente fútiles, como no hacer caso a los requerimientos amorosos de cierta diosa a un mortal. En realidad todo discurre de un modo absurdo, si nos situamos como un espectador neutral, puesto que en la obra todo el mundo, divino o humano, toma partido.

Se ve un paralelismo con otras epopeyas como las griegas, más cercanas a nuestra cultura, aunque en ellas quizá haya menos implicación divina en la vida humana y desde luego ninguna visión unitaria como nos apunta el Bhagavad Gita y que merecerá un comentario aparte en otro lugar y momento. Aunque hay que precisar que lo que se expresa en este **“Canto del Señor”** se va indicando también a lo largo de toda la obra, con otros diálogos no menos interesantes como puede ser el Cap.XXI de la tercera parte **“Yudhistira se encuentra con Dharma”**, que es su padre, y se establece una especie de “examen oral” de los principios dhármicos, a base de preguntas y respuestas, resultando un pasaje realmente delicioso y de gran contenido didáctico. Entre las preguntas hay una que deseáramos destacar por su profundidad y belleza:

**“-¿Qué es la cosa más asombrosa de este mundo?**

**- Día tras día entran en el Templo de la Muerte incontables vidas. Viendo este espectáculo, el resto de ellos, los que quedan, creen que estarán aquí para siempre y que son inmortales. ¿Puede haber algo más asombroso que esto?”**

Otros capítulos a destacar son por ejemplo: **“Vidura y Sanatsujata desvelan a Dritarastrha los misterios de la vida y de la muerte”** (5ª parte, cap.VII), **“El Dharma de un rey”**(10ª parte, cap.XI), así como innumerables pasajes salpicados con profunda sabiduría sobre todo en muchas ocasiones en las que habla **Krishna**, quien por cierto representa la imagen perfecta del dios encarnado e íntimo amigo del hombre. Desde el punto de vista teísta no puede haber mayor dicha que sentir el abrazo de Dios, como ocurre en el caso de la amistad con Arjuna, pero también representa al hombre sabio y al Uno universal. No sólo se revela en su forma divina a su amigo, sino que antes ya lo había hecho en presencia de todos los kurus al irles a pedir que cesen las hostilidades ante la inminencia de la guerra (cap.XVI, Parte 5ª).

El paralelismo al que hacíamos referencia puede también trasladarse a otras culturas y épocas, como la actual, lo que produce un sentimiento incómodo de “repetición de la historia”, o **“déjà vu”**. Si observamos nuestro mundo presente en términos de “conflicto universal entre parientes”, no podemos evitar un

sentimiento de escalofrío interior. Al terminar de leer algunos capítulos del Mahabharata, surge un natural sentimiento de horror por su crueldad o bajeza moral. El mismo que surge si observamos la humanidad en lucha fratricida universal, no dividida en dos bandos claramente diferenciados, pero sí bajo una aparente multiplicidad de guerras y situaciones, en donde unos hacen padecer a los otros bajo su dominio por ambición de poder. Quizá ahora sin héroes y sin la presencia clara de los dioses, aunque sí con voces sabias que advierten en contra de la guerra, pero a quien nadie escucha o, como ocurre en la obra, se da la razón, pero... hay que seguir luchando y matando, para conseguir no se sabe qué y al final morir, llevándose cada uno el karma correspondiente. Quizá incluso haya más de un Krishna entre nosotros, como bien podría ser la voz del Dalai Lama, o los monjes de Birmania, entre otros.

Así es que la pregunta es si será verdad que no se puede hacer nada para variar el curso del Destino. Personalmente es una tesis que me resisto a aceptar. Del mismo modo que en la obra se comprende que se puede realizar una "trampa" o decir una mentira para conseguir un éxito sin ir en contra del Dharma, podemos impedir cualquier acción violenta aunque las circunstancias lo provoquen. Los pandavas podían muy bien haber renunciado a su venganza y perdonar, logrando un cielo quizá más alto, y los kurus podían no haber apoyado la ambición ciega de su rey. Los soldados no tenían que morir matando injustamente, bajo la promesa de un cielo, sino conseguirlo por la paz, si así lo hubieran querido.

El que Krishna conozca como Dios todo lo que va a ocurrir, lo que haría pensar en la fatalidad del destino, no es justo juzgarlo como hombre. Es decir, el hombre está sometido a la temporalidad y en realidad nadie puede estar sujeto a ningún futuro porque éste se está realizando en el presente. Si hablamos en términos teístas, Dios ha creado un ser libre, el hombre, que como tal decide su destino, y ni el mismo Dios lo puede conocer cuando está en la temporalidad. Pero, naturalmente, para quien está fuera del tiempo, presente, pasado y futuro son simultáneos, por lo que parece que ya se conoce lo que va a suceder irremisiblemente. Sencillamente se está en dos planos diferentes de percepción de la realidad, de los que siempre hablamos en términos temporales por ser humanos. Pero la intuición y la revelación directa como muy bien sugiere el **Gita** nos dicen o nos apuntan hacia otra cosa.

Así pues, nos parece una justificación tramposa la aceptación del destino como justificante de la guerra directa o indirecta que los humanos mantienen desde tiempos inmemoriales y que parece que no parará hasta que quizá comience una nueva era más evolucionada, una nueva "**satyuga**" de la que no sabemos sino referencias piadosas, sin que nadie la haya vivido nunca. O quizá haya que cerrar los ojos y dejar que la dualidad aparente desaparezca, que surja de nuestro interior la universalidad de Brahman, haciendo posible, por ser Dios, lo que es imposible para los hombres. El hombre, aunque no se conciba a sí mismo como Dios, no debería renunciar nunca a la Joya de su libertad, componente esencial de su Yo profundo, sea Atman, Buddha, u otro nombre que signifique lo mismo.

Terminamos recomendando encarecidamente la lectura de esta edición del Mahabharata, que nos acerca un poco más a la esencia de la Gran India y de

la Gran Familia Humana, esperando que en un futuro no muy lejano podamos leer una edición castellana de la obra completa.

**MAITREYA RAJA**